

Crónicas

DOMINGO 10 DE ABRIL DE 2025

Nº 175



Las mujeres Uru Murato y Chipaya convierten su artesanía en motor de economía y supervivencia

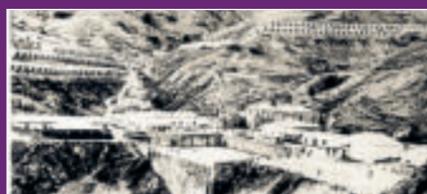
Págs. 6-8

// FOTO: AVRIL CARRASCO



Chakana Math,
la educación
matemática que se
une al Qhapaq Ñan

Págs. 2-3



**Uncía a principios del siglo
XX: bastión económico y
refugio de desertores y
falsificadores**

Págs. 4-7



INNOVACIÓN EDUCATIVA EN EL ALTIPLANO BOLIVIANO

Chakana Math, la educación matemática que se une al Qhapaq Ñan

El proyecto busca transformar la enseñanza de las matemáticas en las comunidades del altiplano boliviano y fusiona la tecnología con las tradiciones locales.



Ahora El Pueblo

Una innovadora iniciativa para fomentar el aprendizaje de las matemáticas entre los jóvenes del altiplano boliviano ha sido puesta en marcha por la Asociación de Representantes de Museos Comunitarios - Qhapaq Ñan (Asoremuc-QÑ), en conjunto con el joven esgrimista y estudiante Esteban Mayer. Desde 2023, Mayer ha estado involucrado en la enseñanza y promoción de las matemáticas mediante métodos interactivos.

Bajo el nombre de *Chakana Math*, el proyecto ha llegado a diversas escuelas de las comunidades asociadas, con el fin de enseñar matemáticas de manera dinámica y divertida, con la novedad de integrar tecnología y herramientas digitales.

El proyecto tiene como uno de sus ejes el cubo rubik's, un rompecabezas tridimensional que ayuda a mejorar las habilidades de resolución de problemas, memoria y concentración. Este cubo se utiliza en el contexto de las matemáticas para enseñar conceptos como permutaciones, combinaciones y geometría de una forma práctica.

Además, el plan emplea plataformas educativas como Khan Academy, entre otras herramientas digitales, que ofrecen ejercicios y lecciones personalizadas. Ambas son impulsadas por el talentoso deportista Mayer, quien estudia en el colegio Franco Boliviano. Además, se ha trabajado con los estudiantes para motivarlos a participar en el prestigioso concurso internacional Canguro Matemático.

EXPANSIÓN DE CHAKANA MATH

A lo largo del último año, este proyecto ha llegado a varias comunidades asociadas a Asoremuc-QÑ, tales como las escuelas El Carmen, de la comunidad Pallina Grande (municipio de Viacha); Fray José Antonio Zampa de la comunidad Chiripa, y la escuela de la Isla ▶



Sicuya, en el municipio de Taraco. Empero, en 2024, el proyecto tuvo la ambiciosa meta de alcanzar a más de 200 estudiantes en diversas comunidades asociadas con el objetivo de ampliar su alcance y profundizar el impacto en las áreas más remotas.

Chakana Math tiene como objetivo principal inspirar a los niños y niñas a aprender matemáticas de una forma accesible y divertida. Fomenta la curiosidad y pasión por el aprendizaje. A través de talleres lúdicos, actividades interactivas y el uso de tecnología, los jóvenes tienen la oportunidad de conectar con las matemáticas desde una perspectiva que rompe con los métodos tradicionales y a menudo desmotivadores.

VINCULACIÓN DE LA EDUCACIÓN CON LA CULTURA LOCAL

El proyecto no solo busca mejorar las habilidades matemáticas de los estudiantes, sino también integrar la tecnología y el conocimiento digital en el contexto cultural de cada comunidad.

La Asociación ha establecido como parte de sus objetivos el impulso de la mejora de las condiciones de conexión a internet, la infraestructura de los espacios dedicados a la computación y el equipamiento necesario para garantizar una educación de calidad.

Asoremuc-QÑ, que tiene su sede en la región circunlacustre del lago Titicaca, está compro-

metida con la educación y la cultura en un entorno que se nutre de las tradiciones y la historia local. La organización, legalmente establecida en Bolivia desde 2020, trabaja en la preservación del patrimonio cultural y educativo de las comunidades que se encuentran a lo largo de la histórica ruta del Qhapaq Ñan.

El Qhapaq Ñan, reconocido por la Unesco como Patrimonio de la Humanidad, es una vasta red de caminos construidos por los incas, que conecta diversos pueblos y culturas a lo largo de la cordillera andina. Este sistema de caminos, que se extiende por más de 30.000 kilómetros, no solo facilitaba las comunicaciones y el comercio, sino que también desempeñaba un rol crucial en la defensa y en la difusión de la cultura inca.

UN ENFOQUE HACIA EL FUTURO

El proyecto *Chakana Math* forma parte de una visión más amplia de Asoremuc-QÑ, que busca fortalecer la educación de calidad, la integración digital y el respeto por las tradiciones culturales.

La idea es que los estudiantes no solo adquieran habilidades matemáticas, sino que también se conecten con su identidad cultural y comunitaria a través del

aprendizaje de la tecnología, sin perder de vista sus raíces.

El futuro del proyecto es prometedor, ya que su impacto no solo se mide en números de participantes, sino en el cambio de mentalidad que genera en las comunidades, al ofrecer nuevas formas de aprender y crecer.

Con *Chakana Math*, Asoremuc-QÑ y jóvenes talentos bolivianos como Esteban Mayer reafirman su compromiso de ofrecer educación integral y accesible a niñas, niños y adolescentes del altiplano en su proceso de aprendizaje. Se fusionan la tradición con la innovación, contribuyendo a la formación de una generación que valore tanto su cultura ancestral como los avances tecnológicos y científicos.



Pallina Grande revisando la imagen de la Chakana



AUGE MINERO Y LA LUCHA POR LA INSTITUCIONALIDAD

Uncía a principios del siglo XX: bastión económico y refugio de desertores y falsificadores

Luis Oporto Ordóñez (*)

En esta entrega del Taller del Historiador abordamos un logro de la clase política de Uncía a inicios del siglo XX. Al influjo de las empresas mineras, las fuerzas cívicas del distrito impulsaron la creación de un municipio, lo que les permitiría acceder al Tesoro General de la Nación. En esa coyuntura, Uncía se convirtió en una plaza fuerte económica y en un refugio para criminales.

CONSOLIDACIÓN DE LA INTENDENCIA DE POLICÍA, GERMEN DE LA MUNICIPALIZACIÓN

En un significativo acto oficial, en los albores de la creación de la provincia Rafael Bustillos, Eustaquio Miranda Landaeta fue designado intendente del mineral de Uncía (1), lo que le permitió ejercer de esa manera la potestad para imponer la era de poder y autoridad en el mineral de Uncía. Se trataba, sin duda, de un hecho simbólico, pues tal cargo era privativo de las villas y ciudades con municipios establecidos y reconocidos. Uncía se privilegiaba con contar, nuevamente, con una autoridad tan importante.

“En Uncía, a dos de abril horas 8. a.m. del día de hoy de mil novecientos seis años, en virtud de la orden subprefectural de fecha 25 de marzo, se verificó la entrega de la Policía de Seguridad al sr. Eustaquio Miranda en presencia del Corregidor, Parroquial Casto Gonzales y de los agentes Bernabé Giraldes y Francisco Velasco, en la forma siguiente: 21 rifles, sin vaquetas sistema remington con 300 tubos, un sello de goma, un cuaderno de actas, cuatro vigilantes nominados Jesús Guardia, Benedicto Ordoñez, Macedonio Jiménez y Francisco Choque, habiendo dejado Toribio Gutiérrez y Gregorio Iturriche. Interrogado por papel de multas expresó que del dinero de multas tienen cuenta rendida a la subprefectura”.

En muchos poblados rurales o provinciales, la presencia del intendente de Policía significaba la atención del Tesoro Nacional o Departamental, que fijaba en el presupuesto anual, las partidas para la contratación de vigilantes, la dotación de insumos, alquiler de oficinas y construcción de celdas (2). En otras palabras: un pueblo tenía identidad si era considerado en el presupuesto de la nación, el requisito *sine qua non* para ser reconocido como sección municipal y contar con una junta municipal constituida, pero en el caso de

La fiebre del estaño convirtió a Uncía en un imán para empresarios, obreros y aventureros, pero también en un escenario de disputas por el control del orden y la legalidad.

Uncía fue al revés, su inclusión en el presupuesto departamental fue de hecho, antes de la erección de la junta municipal y antes de la creación de la provincia Bustillos, que era la vía de derecho.

La orden para retirar al anterior intendente, Manuel Urquidi, fue instruida por el subprefecto Benjamín Zilveti el 18 de abril de 1906. El flamante funcionario Eustaquio Miranda Landaeta, una vez que recibió las instalaciones de la intendencia, percibió las condiciones ínfimas en las que se debatía la institución del orden, que contaba con unos pocos y míseros activos fijos. Ese mismo día, mediante telégrafo, urge: “... aumentar diario conforme Colquechaca para organizar fuerza inmediatamente de diez hombres, uniformes debe tenerlos en el cuartel, menaje necesario, una mesa para sentar actas de demandas, seis sillas, un coprador corriente para llevar lista de multas, papel multas y dinero no existe”.

En su primer informe al subprefecto levanta un retrato de la población, analiza el estado de seguridad ciudadana y critica acerbamente a sus antecesores: “Por la aglomeración crecida de gente en todos estos minerales y por no haber llenado en lo mínimo los fines patrióticos y progresivos con que desarrolla el Supremo Gobierno, es de urgente necesidad organizar por lo menos un piquete de diez a veinte hombres y un comisario para poder atender correctamente tal cual requieren estos pueblos nuevos, pues desde el principio parece que han aceptado este cargo tan solo por lucrar de donde resultó que la policía ha sido menospreciada y aun atacada por los habitantes que están arraigados con los vicios de vivir sin reprensión cometiendo abusos, exacciones y desórdenes sobre los individuos débiles”.

Pronto se quedó sin vigilantes, pues estos desertaron del puesto debido al mísero diario de 80 centavos. Era preferible, para cualquier hombre que se preciara, enrolarse en una de las tres compañías mineras que explotaban el estaño desde principios de siglo, cuya boya precisamente fue el acicate para el establecimiento de la intendencia en Uncía, a ejercer las funciones de vigilante: En su informe, el intendente Landaeta afirma: “Los vigilantes que he recibido ganan 80 centavos diarios que aun mi antecesor no les ha abonado un solo centavo por el espacio de tres meses que han servido, de aquí resulta que estos desaparecen a cada momento y duermen lejos de la policía, quedando sin acción en un momento dado y por



parte de noche para reunir y atender cualquier desorden que se suscitare, es preciso señalar sueldos como los diarios en la policía de Colquechaca o Uyuni, en atención a la vida sumamente escasa y cara; necesitamos para desempeñar e infundir respeto acuartelarlos e uniformarlos de inmediato, en su defecto gestione usted para que algún piquete de línea se traslade”.

Desde temprano, el sagaz intendente destaca dos aspectos que serían una constante en la historia de los minerales de Uncía y Llallagua: su importancia para el desarrollo de la economía nacional y la necesidad de presencia militar, al decir un piquete de línea.

CONSTRUYENDO EL IMPERIO DE LA LEY

Los minerales de Uncía, a manera de un poderoso imán, habían generado una corriente migratoria impresionante, que hizo trepar el índice demográfico, pues, a la par de huaynas (jóvenes) de los ayllus originarios, trajinaban en las polvorientas calles de tierra de Uncía jóvenes vallunos de Cochabamba, obreros chilenos, mineros e industriales escoceses e ingleses, ingenieros alemanes, administradores americanos, comerciantes turcos y arquitectos italianos. Una influyente colonia de escoceses destacaba en esa abigarrada multinacional,

Empresa Min

Eustaquio Miranda





▶ aunque ésta prefirió establecerse en Amayapampa, explotando oro y dejando el estaño a ingleses como John B. Minchin y nativos como Simón I. Patiño o Pastor Sainz.

La única presencia del Estado en los minerales era el intendente y los corregidores, pero ni siquiera el primero tenía garantía de su vida. Efectivamente, Eustaquio Miranda Landaeta fue atacado de mala manera: “el día 22 de los corrientes como a horas 4 p.m. y en calle pública, por Juan Galetovic, súbdito austriaco, quien alentado por la impugnidad de que posee me puso manos violentas causándome contusiones como consta del reconocimiento que mantengo en mi poder para su caso. Este hecho inaudito me obligó a arrestarlo por 12 horas y aplicado la multa en su máximum”.

Pero no solamente fue el austriaco quien ofendió al intendente, sino también “el insolente Francisco Gutiérrez, un mozo completamente díscolo y vicioso, que antes de haber la fuerza actual”, faltó malamente a esa autoridad, emprendiendo rauda fuga a Cacopni o Pocoata, pidiendo su captura por medio del subprefecto de Colquechaca.

La inseguridad había tocado las sensibles fibras del funcionario, quien, en todo caso, se hallaba frente a un dilema, pues era poco usual que se dé trato descortés a los súbditos extranjeros. En su informe retrata con claridad la precaria posición de la autoridad, la conformación social de la población foránea, y las medidas urgentes para fortalecer la guardia, proponiendo una solución a la carencia de fondos del Tesoro Departamental: “Si no lo hago juicio criminalmente es por falta absoluta de un agente fiscal, cargo que hasta ahora no se ha provisto, con grave detrimento del orden público y de los litigantes en general; lo propio la falta de gente de línea que deben componer en la policía, para mejor servicio, hace que las determinaciones de la Intendencia se hagan nugatorias. La superioridad ojalá obtuviera unos 8 hombres de una de las columnas para este lugar, los que serían pagados con arreglo al presupuesto que es de 80 centavos diarios, a esto se me puede autorizar que les complete a 1 Bs. 50 ctvos. a cada uno conforme ganan los de la Columna Colquechaca de las multas provenientes asignándoseles de esta manera un sobresueldo. Solo en esta condición tanto el orden público, como las garantías individuales pueden estar asegurados, de otra manera la policía no tendría acción enérgica, atentos las razones que aquí la

gente está reunida de bandoleros y criminales que beben a diario. Los pocos que sirven en la policía son viejos y defectuosos, porque la gente buena se ocupa en los trabajos donde ganan tres cuatro bolivianos diarios y por esto no quieren vivir en la policía por 80 centavos” (3).

Este último informe tuvo efecto parcial ante la prefectura que le remitió 8 ternos vestuario para vigilantes. En el ínterin, impuso una fuerte multa al súbdito austriaco encuadrándolo al orden y respeto, provocando fuerte impacto en la colectividad extranjera, pues comprendieron que era un sutil mensaje del intendente hacia ellos.

La situación de la intendencia, no obstante, no mejoró, pues seguían sin fondos para atender los diarios a los vigilantes, el alquiler de habitación, el haber de la autoridad y otros pequeños gastos, pues habían sido devueltos los presupuestos del Tesoro, “ordenando que debe llevar certificado de la Subprefectura”, aspecto que el intendente había omitido y recién se aprestó a remitir por el correo a San Pedro (4).

PRIMERAS LABORES DE LA INTENDENCIA

La responsabilidad de resguardar el buen gobierno, la seguridad ciudadana en la población civil y los campamentos de las empresas mineras de Uncía, eran tan sólo parte de las obligaciones de la intendencia. Sus funciones se extendían más allá de los límites específicos, abarcando aspectos relativos a la salubridad de la población, comicios electorales, búsqueda y detención de omisos y desertores, colaboración a autoridades de otros municipios, es decir, funciones propias de las juntas municipales. En Llallagua, simplemente no existía presencia policial.

En la gestión de Manuel C. Mercado, antecesor de Miranda, el intendente llevó adelante la inscripción de armas de la Empresa de Simón I. Patiño, como señala en su comunicación al subprefecto, en enero 13 de 1906, que vendría a ser otra responsabilidad de la intendencia. La salubridad era de importancia crucial. Efectivamente ese año, la intendencia desempeñó un rol importante “para atender de una manera eficaz el flagelo de la tífus que desola este pueblo”, convocando a una asamblea el 28 de abril, a todo el vecindario de Uncía y Llallagua, instruyendo tomar medidas preventivas. Los vecinos notables, reunidos en un mitin en la Policía determinaron conformar un cuerpo para cuidar el aseo y salubridad en los distintos barrios de Uncía, pero lo más importante fue la firma de un acta pidiendo al gobierno la dotación de un médico titular, en atención al peligro que los acosa (5), lo que constituye un avance en la configuración de los servicios básicos de tipo urbano.

El 10 de mayo informó sobre las elecciones que, por entonces se verificaban en la villa de Chayanta. En esa oportunidad, el intendente dispuso el acuartelamiento por tres días, de 8 de sus 12 hombres, aunque la presencia policial tenía el propósito de evitar confrontaciones entre vecinos del mineral de Uncía y la Villa de Chayanta, es decir: “a fin de evitar el antagonismo sobre asiento judicial de este con aquel pueblo, que se vienen enconando desde hace tiempo”. Chayanta veía un peligro para su estatus, el avance político del mineral de Uncía.

UNCÍA, PLAZA FUERTE Y REFUGIO DE DESERTORES Y FALSIFICADORES

En ese contexto, el intendente confrontó serios problemas para mantener el orden público, complicándose esa situación por la presencia de renuentes al servicio militar, que acudían a los minerales de Uncía, eludiendo el servicio a la

patria, considerado una especie de tierra sin ley, donde anteriormente no existía presencia del Estado. Ante la acción del intendente éstos optaron por cambiar de identidad, y eran solidariamente escondidos por los empresarios mineros. Miranda informó que “se han hecho las indagaciones precisas por el sorteado Pablo Quispe, y no tengo noticia de él. Supongo ha cambiado el nombre como de continuo sucede acá”. Pese a sus infructuosas búsquedas, era difícil dar con el sorteado, sobre todo por el desconocimiento de su nueva identidad, allí en la mina, “donde existen innumerables trabajadores, sin embargo no cesaré en inquirir por él”, afirmó. Una de las funciones del intendente, en estos casos, era el de investigar los casos de solicitudes de excepción de los sorteados, como fue el pedido de Eduardo Campos, de una licencia de 50 días por hallarse como gerente de una empresa minera en Catavi, en ausencia de su patrón.

Por esos tiempos, Uncía ya se configuraba como un importante centro comercial y económico del país, y sin duda era el centro donde mayor circulación de efectivo se verificaba. Esa situación motivó la incursión de un grupo de falsificadores en la región, al que Miranda persiguió sin denuedo, aunque el principal cabecilla, Telésforo Avilés, se movió en dirección a Chayanta, al recibirse información del subprefecto de la provincia Avaroa, señalando que fugó de Challapata, luego de hacer circular billetes falsos en profusión en la feria de Guari (6).

De Chayanta pasó a la hacienda de Asiruri, distante 45 kilómetros de Uncía, donde efectivamente llegó el diligente Miranda para capturarlo; pero “una vez en la finca a horas 5 a.m. no lo encontré, ni menos huella alguna se pudo ver”, confiesa el frustrado jefe policial. Avilés se dirige más al norte de la provincia, definiendo temporalmente su residencia en Quinamara, a 25 kilómetros de San Pedro “cobrando diezmos con otro compañero suyo, Apolinar López, con quien tienen vital costumbre de falsificar monedas”. La banda de falsificadores, al parecer, tenía su centro de operaciones en Potosí, con posibles ramificaciones en Cabaluma de La Paz; donde estuvieron en la feria y de ahí en Guari haciendo circular moneda falsa (7).

1 El régimen de gobierno establecido a través de la intendencia (Policía) es reconstruido para la época temprana de Uncía, sobre la base a la copiosa correspondencia remitida por la oficina de la intendencia, con el subprefecto de la provincia, con asiento en Colquechaca, entre el 2 de abril y el 24 de diciembre de 1906.

2 Para una idea cabal de la asignación presupuestaria en el rubro de “Gobierno”, véase los Presupuestos Departamentales de la Provincia Charcas y la Provincias Bustillos, entre 1906 y 1920.

3 Correspondencia de Eustaquio Miranda Landaeta al subprefecto Zilveti. Uncía, Abril 25 de 1906.

4 Uncía, mayo 10 de 1906.

5 Uncía, Mayo 3 de 1906.

6 Uncía, mayo 23 de 1906.

7 Uncía, mayo 30 de 1906.

*Magister Scientiarum en Historias Andinas y Amazónicas. Docente titular de la carrera de Historia de la UMSA.



ELLAS RESISTEN CON SU ANCESTRAL CULTURA Y SOSTIENEN SUS COMUNIDADES

Las mujeres Uru Murato y Chipaya convierten su artesanía en motor de economía y supervivencia

A través de cooperativas, ferias y alianzas con guías turísticos, las mujeres de estas comunidades ancestrales han logrado transformar su trabajo artesanal en un motor de resistencia, visibilidad y supervivencia económica.



Mujeres Chipaya y sus hijos en su milenaria comunidad junto a la periodista Avril Carrasco.

Avril Carrasco

Son mujeres de pueblos indígenas en peligro de desaparecer, cuyos pueblos se ubican entre los primeros pobladores del territorio boliviano.

A lo largo de generaciones, sus manos expertas no solo han cultivado la tierra, sino que también han tejido con delicadeza la historia de sus comunidades en tapices, cestas, ponchos, llaveros y hasta en perfectas embarcaciones de totora.

Para las mujeres Uru Murato y Uru Chipaya, el arte que fluye por sus venas, innato y libre, forma parte de su vida cotidiana y representa su única fuente de sustento para sus familias.

Sus tejidos, elaborados con lanas multicolores de llama, alpaca y oveja, trascienden el ámbito de lo tradicional. Lo que en el pasado era parte esencial de su vida cotidiana, se ha convertido en un medio de expresión artística y su principal fuente de ingresos económicos.

Cada artesanía cuenta una historia ancestral y preserva tradiciones milenarias. Es un símbolo de resistencia, esperanza y dignidad para estas mujeres.

Hoy, las mujeres de estas tierras altas, situadas en los márgenes de la historia oficial, que habitan entre lagos que han perdido su esplen-

► dor y se han convertido en tierras áridas cubiertas de sedimento minero, viven junto a ríos de escaso caudal, entre majestuosas montañas rojizas —muchas de ellas volcanes apagados— y en la inmensidad del difícil altiplano orureño.

TRAGEDIA COMPARTIDA

La comunidad Uru Murato —que abarca Puñaca Tinta María, en la provincia Poopó; Willañeque, en la provincia Avaroa; y Llapallapani, en la provincia Sebastián Pagador—, conocida tradicionalmente como la “gente del agua”, “hombres del lago”, enfrenta una crisis de supervivencia tras la desaparición completa del lago Poopó en 2015.

Lo que una vez fue su hogar ancestral y fuente de sustento se ha convertido en un paisaje árido, víctima de una combinación letal de actividad minera, prácticas agrícolas insostenibles y cambio climático.

La comunidad de Puñaca Tinta María representa el rostro más dramático de esta transformación. Sus habitantes, que durante siglos construyeron su identidad con el ecosistema lacustre, ahora luchan por preservar su cultura y encontrar medios de subsistencia en un entorno radicalmente alterado.

El lago Poopó, hoy un espacio de fango y basura, fue siempre la fuente principal de subsistencia ya que les proporcionaba peces, patos, pariguanas, huevos de ave y plantas acuáticas como la totora.

A pocos kilómetros de distancia, los Uru Chipaya resisten en la región del río Lauca, en la frontera con Chile.

Este pueblo, que ha adaptado prácticas agrícolas a la dureza del altiplano y mantiene vivas tradiciones que desafían la inexorable marcha del tiempo, es una de las culturas más antiguas del continente, cuyo origen se sitúa 2.500 años antes de Cristo.

Los datos censales revelan una verdad estremecedora: tanto los Uru Murato como los Chipaya experimentan una reducción dramática de su población. Cada año que pasa, la posibilidad de su desaparición como pueblo y cultura se torna más tangible.

Los varones Uru Murato y Chipaya abandonan sus comunidades en busca de trabajo, muchas veces como mano de obra barata en el sector agrícola, al servicio de comunidades aymaras.

Otros ingresan a minas insalubres, donde inhalan partículas de polvo metálico que deterioran sus pulmones, mientras que cientos más optan por migrar a Chile en busca de mejores oportunidades.

Muchos, en más de los casos, no retornan al hogar. La vida moderna es, con frecuencia, imán de voluntades.

Pero las mujeres —abuelas, madres y viudas— permanecen en sus comunidades, dedicadas al cuidado de hijos y nietos. Les enseñan a leer y escribir en su lengua ancestral, los envían a la escuela con la firme exigencia de completar la primaria y obtener el bachillerato.

Al mismo tiempo, las Uru Murato enseñan a las niñas el uso del uruquilla y las Chipaya el puquina, preservando así sus lenguas frente a la creciente influencia del castellano, el aymara y el quechua.

También les transmiten el arte del trenzado, el tejido y la caza, asegurando la continuidad de su identidad cultural en cada nueva generación y su propia supervivencia.

Estas mujeres, frente a la ausencia de los hombres, cumplen el rol fundamental de ser quienes sustentan a sus comunidades, sus hogares, siendo líderes económico social como guardianas de su cultura.

ROMPIENDO LA TRADICIÓN

Para muchas de ellas, jefas de hogar por lo general, la venta de artesanías es la única fuente de ingresos para sus familias.

Sin embargo, han debido enfrentar múltiples barreras: el limitado acceso a la educación, el aislamiento geográfico de sus comunidades, la dificultad para obtener documentos de identidad y la discriminación en un mercado que no siempre valora su trabajo.

Además, desafían un sistema patriarcal que las relega al hogar y les niega la posibilidad de tomar decisiones sobre su propio destino.

Aun así, persisten, tejiendo no solo sus artesanías, sino también su independencia y el futuro de su cultura.

NUEVO HORIZONTE

Felisa Pucara, una hábil artesana Uru Murato de 52 años, recuerda cómo el arte de la totora se transmitía de generación en generación en su comunidad.

“Antes tejíamos sólo para nosotros, para nuestras casas, nuestras fiestas. Ahora vendemos en ferias aretes hechos a mano, nuestras telas y el resto de las artesanías que producimos”, cuenta, evocando las enseñanzas de su abuela.

“Nunca imaginé que un día viviríamos de esto, pero ahora es lo que nos da de comer”, agrega.

Felisa es solo una de las muchas mujeres indígenas que han tenido que reinventarse para enfrentar un sistema que históricamente las ha mantenido arrinconadas en su propia comunidad.

La pobreza, el machismo y la falta de acceso a educación y documentos de identidad



Participantes del taller de la Plataforma Boliviana frente al Cambio Climático.



Rosa Mamani, miembro de Red Chimpu Warmi.



// FOTOS: AVRIL CARRASCO



Artesanías en paja de las hábiles mujeres Uru Murato.

han convertido su lucha por la independencia económica en un camino cuesta arriba.

Sin embargo, en cada feria, en cada hilo tejido y en cada pieza vendida, desafían un destino que parecía escrito para ellas: la invisibilidad.

Gracias al esfuerzo colectivo y al apoyo de instituciones y organizaciones como ONU Mujeres, en colaboración con el Museo de Etnografía y Folklore de la ciudad de La Paz, han logrado exponer su producción ante la población nacional y los turistas, impulsando su arte y su economía.

LAS HIJAS DEL AGUA

Rosa Mamani, miembro de la Red Chimpu Warmy, habla con profunda convicción sobre el papel fundamental que las mujeres indígenas desempeñan en la defensa de sus territorios y recursos naturales.

Para ella y muchas otras mujeres, el agua no es solo un recurso, es la esencia misma de su existencia.

“Ahora somos las hijas del agua”, dice con orgullo, haciendo eco de la conexión ancestral que su pueblo siempre ha tenido con el líquido elemento, que para ellos es sagrado, vital y fuente de vida.

Rosa explica que, en la comunidad Uru Murato, el agua ha sido siempre la “madre” que les ha dado sustento. Pero esa “madre” está muriendo, arrasada por la minería y la contaminación.

“El lago Poopó ya no existe; nuestra madre, el lago, ha muerto”, lamenta Rosa.

Esta pérdida no solo afecta a la comunidad Uru Murato, sino también a la de Tinta María, su pueblo hermanado, que vive de y para el agua.

A lo largo de su participación en diversas reuniones y eventos, Rosa y otras mujeres de la Red Chimpu Warmy han alzado sus voces para exigir que el agua sea reconocida como un sujeto de derecho, no sólo como un recurso natural más.

“Vivimos en un mundo cíclico donde todo está interconectado”, comenta Rosa.

“Lo que pasa en la Amazonía, como los incendios, afecta la disponibilidad de agua en nuestras comunidades. El agua es un ser, es nuestra madre”, complementa.

En sus comunidades, el papel del agua está íntimamente ligado al de las mujeres, que son las encargadas de su gestión y conservación, como las ‘alcaldesas del agua’.

“Nosotras, las mujeres, somos quienes cocinamos, lavamos y cuidamos a los niños. Somos las que viajamos a la ciudad a vender artesanías y con ese dinero traer agua cuando no hay en nuestros pozos”, comparte Rosa, después de visibilizar las dificultades que enfrentan las mujeres indígenas en su día a día.

DE LA COMUNIDAD A LA FERIA

El nuevo rol de las mujeres en estos dos pueblos indígenas no llegó como una elección, sino como una necesidad.

La crisis climática, que ha golpeado con fuerza sus comunidades, afectando severamente la pesca, la agricultura y otras fuentes tradicionales de sustento, las ha obligado a asumir nuevas responsabilidades para asegurar la supervivencia de sus familias.

Con la pérdida de los recursos naturales que han sustentado a sus pueblos por generaciones, estas mujeres han tenido que adaptarse y reinventarse, buscando alternativas para subsistir y preservar su cultura.

Fue entonces que muchas mujeres comenzaron a vender sus artesanías, primero

Mujeres
Chipaya
muestran su
artesanía en su
comunidad.



// FOTOS: ABRIL CARRASCO

dentro de sus comunidades y luego en ferias y mercados urbanos.

Desde 2023, el turismo hacia la tierra ancestral de los Uru ha abierto nuevas oportunidades, pero también ha traído consigo desafíos. No solo han debido aprender a negociar y fijar precios justos, sino que muchas han tenido que aprender a comerciar con los compradores.

“No fue fácil”, reconoce Sebastiana Panqui, una joven artesana que lidera un grupo de mujeres emprendedoras en Wistrullani, su comunidad.

“Al principio, la gente regateaba mucho. No entendían el valor de nuestro trabajo. Ahora estamos aprendiendo a vender mejor, a ofrecer talleres a turistas cuando nos visitan. También les enseñamos el trenzado que nosotras llevamos”, agrega.

Además de transmitir la técnica del trenzado, las mujeres Chipaya comparten su historia con los visitantes. Las niñas aprenden a tejer textiles y canastos de paja observando y ayudando a sus madres.

A diferencia de otros pueblos, los Chipaya no tienen acceso al agua ni a la tatora, pero sí a la paja, un recurso fundamental en su vida diaria.

La usan para alimentar a sus animales, elaborar artesanías y construir viviendas, lo que hace aún más valioso el oficio que han preservado por generaciones.

MUJER, MADRE E INDÍGENA

Las mujeres Uru Murato y Uru Chipaya han encontrado formas de organizarse y, desde su propia cosmovisión, han creado cooperativas, participan en ferias y buscan alianzas con guías turísticos y organizaciones para mostrar su arte al mundo.

Aunque aún enfrentan discriminación y desigualdad, su trabajo es, aseguran ellas, una forma de resistencia.

“Nuestros tejidos cuentan nuestra historia”, dice Felisa con una sonrisa orgullosa.

“Cuando alguien compra una de nuestras artesanías, se lleva un pedazo de nuestra vida”, destaca.

El camino no ha sido fácil, pero estas mujeres han demostrado que, al igual que sus pueblos, que han resistido siglos de cambios, ellas también pueden adaptarse sin perder su esencia. La identidad no se desvanece con la adversidad; con cada pieza que crean, reflejan su lucha y esperanza.

Sus manos sostienen la memoria de sus pueblos, enfrentando el olvido con cada pieza vendida, cada palabra enseñada y cada historia contada. Mientras ellas resisten, su cultura seguirá viva.